

Al efecto se redactó en la morada de Bernal Diaz de Pisa un memorial fulminando contra Colon las más duras acusaciones.

Este memorial fué suscrito por casi todos los que formaban la colonia y escondido en la boya de un barco.

Capítulo LVII.

Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse.

Colon estaba en el lecho y no podia enterarse de nada.

Isabel, que no se habia presentado aún á su vista despues de la salida de las carabelas, observó el movimiento que habia entre los colonos, notó la preponderancia que sobre todos ellos tenia Bernal Diaz, y sospechando que iba á descubrir una intriga, le buscó.

—Señor Bernal Diaz, le dijo, usted me inspira confianza y voy á hacerle una revelacion.

Bernal Diaz de Pisa conoció al escudero de Colon, y creyendo que era enviado por su amo se mostró receloso.

—¿Qué quiere el pajecillo?

—Mi amo y dueño me mandó regresar á España en una de las nueve carabelas que salieron de aquí, como podeis ver, añadió, por esta orden escrita, señalándome la carabela en donde debia tomar pasaje y lo que debia hacer en España.

Pero, ¿qué quereis? Yo soy jóven, tenia esperanzas de hacer fortuna por aquí, y cometí un delito; me oculté de mi amo y aún no me ha visto desde entonces. Hoy, francamente, tengo miedo al castigo.

—¿No me engañas?

—¡Oh! podeis preguntar á todo el mundo, mejor dicho, á los que viven cerca de mí, que han podido presumir el motivo porque he estado guardado estos dias.

—¿Y qué pretendes?

—Pediros un consejo y un favor. Vos sois el contador de la colonia, veis á menudo al almirante, os tiene en mucha estimacion; pedidle que se apiade de mí, decidle que ha sido una locura de chico, que estoy arrepentido y que imploro su perdon.

Bernal Diaz pensó que si no le engañaba era una de las personas que más le convenia llevar á su lado.

—Buscad me á la noche, dijo al paje, y veremos lo que puede hacerse.

Durante este tiempo averiguó que era cierto que Colón habia dado la orden á su escudero para que partiese á España.

Averiguó asimismo que era verdad que desde la salida de las carabelas no se habia presentado al al-

mirante, y convencido de que no le habia engañado, al verle por la noche:

—El almirante, le dijo, no te perdonará nunca. Has desobedecido sus órdenes, y como le conviene mantener su prestigio, como pudieran imitarte otros si despues de haber faltado á sus órdenes te perdona, está resuelto á imponerte un castigo ejemplar. Pero, tranquilízate, añadió Bernal Diaz, todo podrá arreglarse.

—¿De qué manera?

—Oye un secreto y ¡ay de tí si se trasluce una sola palabra de lo que voy á decirte!

—No tengais cuidado, dijo Isabel con alegría, al ver que al fin y al cabo iba á saber lo que deseaba.

—Aquí nos aguarda una muerte oscura despues de unaagonia lenta y dolorosa. Unos cuantos amigos estamos resueltos á partir y tú puedes acompañarnos. Tu fortuna no está aquí, está en España si como servidor de Colon confirmas ante la corte lo que nosotros pensamos decir acerca de su desacertada direccion.

—Sí, sí, dijo Isabel deseando inspirarle confianza para que hablase más; contad conmigo para todo, pienso ir con vosotros. Tratándose de eso iria á España con mucho gusto, ¿pero cómo?

—Muy fácilmente, todo está ya arreglado. Un dia de estos saldrán algunas expediciones; pero los que estamos unidos por el deseo de partir nos quedaremos pretextando enfermedad ó cualquier otra causa, y aprovechando la primera oportunidad correre-

mos á los buques que hay en el puerto, que ya estarán preparados de antemano y partiremos en ellos para España.

—Contad conmigo, dijo Isabel con resolucion, y desde luego si algunos de los conjurados está á bordo enviadme á su lado para que me oculte allí hasta el momento de partir.

Así lo hizo y por efecto de esta circunstancia pudo Isabel tener noticia del memorial acusador que estaba oculto en la boya del buque, para presentarle á su tiempo á los reyes de Castilla.

La desgracia habia hecho valerosa á Isabel.

Una noche, pretextando que necesitaba ver á Bernal Diaz, dejó la embarcacion y regresó á la colonia.

Casi todos los colonos dormian.

Isabel fué á la habitacion del almirante.

Mientras todos dormian él velaba.

Isabel cayó de hinojos á los piés de su amo.

—Vos aquí,—exclamó Colon reconociéndola.

—Si; perdonadme, he cometido una felonía.

—Habeis desobedecido mis órdenes.

—Las he desobedecido para haceros un bien. Oidme, y despues, si quereis, castigadme.

Isabel refirió á Colon las desdichas de Américo Vespucio y el motivo que habia tenido para partir en su lugar.

Colon, que habia sufrido mucho, comprendió y disculpó aquel acto de rebeldía; pero pronto se borró aquella impresion en su alma al oír las palabras que Isabel le dijo.

—Mi desobediencia,—añadió la jóven,—ha sido providencial. En tanto que vos sufrís en el lecho, algunos descontentos conspiran contra vos.

Bernal Diaz de Pisa con otros cuantos, á quienes puedo designar, se han conjurado para aprovechar el primer momento oportuno, apoderarse de las embarcaciones, darse con ellas á la vela con rumbo para España y una vez allí desmentir las noticias que llevan las carabelas que partieron ha poco, acusaros ante la córte y desprestigiaros para siempre.

—¿Eso intentan?—exclamó el almirante no pudiendo contener su indignacion.—¿Y vos, cómo sabeis?...

—Desde el sitio en donde me habia ocultado para que no se supiese mi desobediencia observé algo y me dirigí á Bernal Diaz pidiéndole protección.

Soy uno de los conjurados desde entonces, pero ya podeis imáginar cuál ha sido mi deseo desde el primer momento: advertiros, ayudaros á prevenir el golpe.

¿Ha sido ó no providencial mi desobediencia?

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó Colon,—cuánta amargura en el cáliz de la felicidad que has acercado á mis labios.

Isabel enteró de los planes de los conjurados, y Colon tomó las medidas necesarias para desbaratarlos.

Bernal Diaz de Pisa, Fermin Cado, Diego Ansuarez y unos cincuenta colonos más, estaban comprometidos en la conjuracion.

Isabel, despues de haber hablado con Colon, corrió á llamar á Bernal Diaz.

—He venido,—le dijo,—á prestaros un señalado servicio.

—¿Cuál?

—Vigilad muy de cerca y con el mayor secreto al patron de la carabela en donde os habeis ocultado

—Por qué?

—Porque en mi concepto va á vendernos.

—Pero, ¿en qué te fundas para hablar de ese modo?

—Le he visto conversar en secreto con uno de mis compañeros, el más adicto á Colon, y le he oido decir, sin que él me viera, que no volviese por allí porque no estaba sólo y podian conocerle.

Esto fué ayer, y hoy, diciéndole que me habiais encargado que viniera á veros, he llegado á tierra para comunicaros estas noticias.

Bernal Diaz se propuso observar, y encargó al paje que volviese á bordo y no perdiese de vista un solo instante al patron.

Al dia siguiente corrió la nueva de que Colon estaba peor de su mal.

Llamó á algunos capitanes, y exigiéndoles juramento les refirió lo que pasaba.

—Si no les damos un ejemplar castigo,—añadió,—perderemos toda la autoridad ante ellos y seremos sus primeras víctimas. Es necesario simular que salis á varias expediciones en tanto que, apostados cerca de la playa, estais prontos á acudir á mi voz.

A los capitanes de los buques les habló del mismo

modo, encargándoles que apenas salieran las expediciones fuesen cautelosamente á los buques con los hombres de su mayor confianza para contrarestar los planes de los conjurados.

Así las cosas, corrió la voz en la colonia de que dos dias despues debian salir á explorar varios puntos de la isla seis destacamentos con quince ó veinte hombres cada uno.

—El momento oportuno se acerca,—dijo Bernal Diaz á los conjurados.

Fingiéronse estos enfermos cuando los llamaron para formar parte de la expedicion, y sus compañeros partieron á obedecer las órdenes de Colon.

Al anochecer, el almirante mismo, reuniendo todas sus fuerzas, se dirigió á la carabela en cuya boya estaba guardado el documento que debian llevar á España los conjurados.

Bernal Diaz llegó con los suyos á la playa, y los mandó á todos esperar en tanto que él se dirigia á los buques para hacer que llevasen los botes á la orilla y pudiesen ser trasportados á bordo.

Esperaba allí al patron su cómplice en el bote que estaba en la orilla aguardándole, y le sorprendió ver en su lugar á un marinero.

—¿Y Ansurez?—dijo Bernal Diaz.

—A bordo de su carabela os espera,—contestó el marinero.

Mientras yo hablo con él vuelve á la playa y vé llevando á bordo de los otros buques á los amigos que se han quedado en ella.

Bernal Diaz subió á bordo y entró en el camarote donde pensaba hallar á Ansurez.

Su asombro fué inmenso al encontrar en su lugar á Colon.

—¿No esperábais hallarme aquí?— le dijo el almirante.

—Señor, yo...—baluceó Bernal Diaz.

—Sois un miserable y aunque pudiera daros un ejemplar castigo, os perdono. Quedareis, sin embargo, aquí preso hasta nueva orden mia.

Todo estaba descubierto.

El único recurso que quedaba á Bernal Diaz era que llegasen sus amigos en los botes y que haciendo á su vez prisionero á Colon, pudieran realizar su propósito yendo un poco más léjos y deshaciéndose del almirante.

Pero el marinero, que habia visto desde el bote lo ocurrido:

—Estamos perdidos,—dijo á los conjurados.—El almirante se ha trasladado á bordo con sus más fieles servidores, está enterado de la conjuracion, ha preso á Bernal Diaz y os aguarda á todos para prenderos.

Esto bastó para dispersarlos.

Bernal Diaz fué cargado de cadenas, Colon le puso además centinelas de vista y volvió á tierra anunciando á sus capitanes lo que habia pasado, inspirando por su valor nuevo prestigio á sus ojos.

Pero aquello no bastaba, porque el descontento cundia, y hasta los mismos soldados que tenian el

sentimiento de la disciplina hacian ver que, tarde ó temprano, imitarian á Bernal Diaz y á los suyos.

Colon formó causa á todos los conjurados y decretó que el jefe de ellos fuese á España en la primera expedicion con la sumaria de su delito para que los tribunales de la Península le castigaran.

A los demás los castigó, pero benévolamente.

Para precaver atentados como aquel, mandó que se depositasen en una sola embarcacion todas las armas y municiones que estaban repartidas en las cinco, dando el mando del buque-arsenal á Diego Marquez, que le inspiraba la mayor confianza.

Pero todas estas medidas necesarias para mantener el orden, unidas á las penalidades que todos sufrían, irritaron á la generalidad de los colonos; empezaron á decirse unos á otros que no debían obedecer tan ciegamente á un extranjero por más que contase con el favor de los reyes y llegó á ser tan grande la hostilidad de que fué objeto, que no pudo ocultarse á sus ojos, y empezaba á desmayar, á perder la esperanza de conservar su prestigio entre aquella gente, de realizar los proyectos que á costa de tantos sacrificios le habian llevado allí, cuando la Providencia vino en su auxilio.

Una mañana, al rayar el alba, aparecieron á lo léjos tres puntos negros que poco á poco fueron aumentándose.

—Son tres embarcaciones,—dijo uno.

Y la noticia se divulgó con rapidez eléctrica.

Poco despues vieron ondear en los palos la bandera de España.

Y sin embargo, no habia tiempo de que hubieran llegado las carabelas y de que llevasen á Colon los refuerzos y víveres que pedia.

Pero ¿no podia ser aquello que se hubieran anticipado á sus deseos los reyes?

El almirante pensó tambien que podian ser algunas de las carabelas que habia enviado últimamente á España, las cuales por efecto del temporal regresaban.

Capítulo LVIII

Los hermanos de Colon.

Tanto habia afligido al almirante la determinacion que habia tenido que tomar para poner coto á la rebeldia de Bernal Diaz de Pisa y sus secuaces; tanto lamentaba tener que recurrir á medidas extremas para mantener la disciplina y el respeto á su autoridad, que su enfermedad se agravó, y por algunos momentos inspiró serios temores al doctor Chanca, que no se separaba nunca de su lado por que habia tenido ocasion de conocer las grandes cualidades de Colon y le servia con lealtad y desinterés.

Isabel, que á pesar de su pena estaba muy agradecida á las bondades de Colon, le asistia con el mayor esmero, ocultando siempre á los ojos de todo el mundo el misterio de su existencia.